

Mapa de una ausencia, de Andrea Bajani

Yael Weiss

El *tú* de este libro no eres tú, querido lector. Tampoco es el hipotético *tú* en que se pertrecha un púdico *yo*, o un *yo* distante, como sucede con el protagonista de *Aura* y en tantas otras novelas experimentales de los años 50 y 60. Aquí el *yo* del narrador le habla a un *tú* que es su madre recién muerta. Es un íntimo ajuste de cuentas: el hijo la señala con un dedo acusador. “La primera vez que te vi fumar fue uno de esos martes, tu socio te ofrecía los cigarrillos, te acercaba el encendedor y tú te inclinabas hacia él, con los labios hacia fuera.” La madre ha muerto pero no hay sitio para lágrimas. Aún no. Primero habrá que conversar con esta gran ausente, increparla, juzgarla, perdonarla. ¿Y cuál es su crimen? El abandono. Y el último, el de la muerte, es irrevocable. Ahora puede empezar el proceso: abran los expedientes, saquen los *alibis*.

La novela inicia con la llegada de Lorenzo a Bucarest, para el entierro. Hace décadas que no ve a su madre, apenas reconocía su voz al otro lado del teléfono cada Navidad. El narrador no tiene la fuer-

za de velarla —por el miedo de asomarse a un rostro familiar pero también ajeno, devastado por el tiempo— ni el ánimo de engrosar la tropa que se enfila hacia el cementerio. No la verá más, pero en su diálogo intenta dar forma a su interlocutora, esa gran ausente. Lorenzo pronto comprende que existe una madre en su memoria y otra, desconocida, que vivió en Rumania. La primera mana profusamente, a borbotones, de sus recuerdos. La segunda la conocerá solamente a través del país al que emigró, sus allegados, unas cuantas fotografías y un pequeño legado material. Ambas completan un retrato a doble cara de Jano: es una madre monstruosa y es una madre tierna.

Nos quedábamos en la alfombra durante horas, jugábamos a pelearnos, yo trataba de huir a cuatro patas y tú me cogías de los tobillos y me arrastrabas hacia atrás, ¿Dónde te crees que vas, muchachito? De tus regresos a casa recuerdo el contacto físico, ese choque que terminaba siempre con los dos sudando y mirándonos jadeantes, tus ojos llenos de diversión y los míos de

rabia. Porque aquello era un juego, pero era también mi manera de decirte que no habías estado allí.

Desde las primeras páginas queda claro que Lula, la madre, no es una mujer que quepa en un molde convencional. Es una aventurera que recorre el mundo, cambia a capricho de varón, es jefe de compañía, inventa una máquina adelgazante, funda una empresa en Rumania. El hijo, concebido en una noche anónima, es un accidente dentro del vendaval de negocios y viajes que consume toda su atención. Sin embargo, cuando los años cobran las cuentas pendientes, cuando vieja, gorda y alcohólica, cuando al borde de la indigencia y sola, quizás este hijo, el único amor desinteresado y recíproco, hubiera podido darle un sentido, o un centro, a su mapa de fugas.

Andrea Bajani urde un personaje de mujer atípico y quizá por ello inquietante. Lula priorizó el amor de pareja al filial y persiguió un lugar en el mundo a su muy particular manera, absolutamente disruptiva con el orden familiar y social establecido por los siglos de los siglos. Ajena a las categorías, no es fácil de juzgar. Madre a veces amada y a veces odiada, su ausencia deja un gran hueco, parecido al de Ceaușescu en su palacio vacío al centro de Bucarest. Son ausencias terribles, fantasmas que pesan y tardan en desvanecerse.

Mientras ordena los elementos que compusieron la vida de su madre —una primera mitad en Italia y una segunda en Rumania—, las acusaciones del narrador se extienden a todo el entramado social europeo. La desigualdad entre Este y Oeste



Andrei Pandele, *Camión con botella de gas*, s/f

arroja a los empresarios italianos como aves de rapiña sobre una Rumania empobrecida y debilitada por la dictadura de Ceaușescu. Los rumanos, por su parte, ven en Occidente su mejor oportunidad: las mujeres parten como mano de obra barata, abandonando a sus hijos, mientras que las más jóvenes intentan seducir a los nuevos conquistadores. Quedan las familias truncadas a ambos lados de la línea que divide la Europa rica de la pobre.

Asimismo, Andrea Bajani hila en el discurso de su narrador una denuncia del modelo neoliberal. Es un hilo de muy fino sarcasmo. Su instrumento: la promoción y venta en los países subdesarrollados de un huevo para adelgazar que inventó Lula. En esta máquina gigante ingresan las personas gordas para sudar los kilos que les sobran.

Cuando volvías a casa decías siempre cuánto sufrimiento hay en esos sitios. Pero era precisamente allí adonde había que ir para aportar serenidad, para eliminar el malestar, el desaliento y los kilos de más. De modo que ibas a Ghana, Líbano, Bangladés, Colombia, Perú, China, Zaire, Nicaragua, Rumania, Polonia, Serbia y otros muchos sitios. Te habías concentrado en las zonas más pobres del mundo; decías que allí tenían mucha energía, un sentido de la vida más desarrollado que el nuestro. Decías que hacer llegar aparatos como el tuyo a lugares así era en cierto modo como llevar la luz, el agua o el teléfono. En las fotos que me enseñabas había centros estéticos con muchas personas que estaban fuera mirando a los pocos que entraban dentro. Esos, decías, son los que tienen dinero. No son muchos, pero sí muy aguerridos y quieren lo mejor que haya. Esos otros, decías señalando con el dedo a las personas que se aglomeraban fuera del centro, son los que no tienen dinero. Son muchos y sufren mucho, pobre gente. Pero ahora tienen un estímulo más por el que esforzarse. Si pudieran, decías, se arrojarían todos dentro del huevo. Incluso los que están delgados.

Los socios en la manufactura de este grotesco aparato, Lula y su amante Anselmi, caricaturizan la decadencia de este

modelo de belleza con las sobrecarnes que acumulan ambos en la edad madura.

Pero más allá de la denuncia —o mejor: más acá, en un plano más íntimo—, *Mapa de una ausencia* es una novela de abandono y traición, donde las dinámicas familiares y sociales repiten ciclos mórbidos. Lula, demasiado excéntrica para un medio social estricto, fue abandonada alguna vez por su familia burguesa. Se reconstruye como mujer emprendedora y fuerte, sin ataduras. Pero después, ella también abandona a su hijo y a su esposo cuando se fuga a Rumania con su socio. Allí, el ciclo del abandono, deslocalizado como las empresas de Europa Occidental, cobrará nuevas víctimas.

La melancolía suave en la prosa de Andrea Bajani es engañosa, como un canto de sirena. Quien se deje llevar sin sospecha, quien continúe la lectura hacia el centro de su isla narrativa, se estrellará con una crueldad sin límite. Pero en lo más oscuro, siempre sale a flote la poesía.

Hay una hora de la mañana en la que las luces de la ciudad se apagan todas a la vez, en un único instante. Como si fuera una única habitación, como si hubiera alguien que se levantara, se acercara hasta el interruptor, apagara y volviera a sentarse. Nunca se sabe exactamente cuándo sucede, decías. Es necesario quedarse quietos delante de la ventana, observando, no distraerse, no enredarse en pensamientos, que los pensamientos son como las manos de alguien que te llega por detrás y te tapa los ojos, no te deja ver ya.

La pluma sensible, precisa, de Bajani traza las fronteras de un mundo sin piedad, donde el sufrimiento es silencioso y el encuentro entre las personas un asunto fallido. Sin embargo —lo repito porque es el núcleo de la experiencia que nos depara—, la emoción del instante, su vibrante poesía, redime. Son muchos los destellos en esta prosa: son la verdadera sorpresa del libro. No daré más ejemplos para preservarla. Baste saber que son como aquel “hotel de lujo en el centro de Bucarest, engastado entre los edificios como un diente de oro en medio una boca descuidada”. Junto a este despliegue técnico, la boca descuidada es nuestro lenguaje de cada día.

La escritura de Bajani provocó el inmediato reconocimiento de Antonio Tabucchi, quien mandó una carta al autor tras la lectura de su primera novela. En sus páginas, dice Tabucchi, encontró “una emoción que la literatura italiana no me daba desde hacía tiempo”. En traducción, lo saludan Emmanuel Carrère o bien Vila-Matas, quien afirma que Bajani es “uno de los autores italianos cuya obra sigo con gran interés. Su escritura es ambiciosa y posee una indudable energía literaria”. En sus tempranos cuarenta Bajani ya cuenta con el Premio Bagutta, el SuperMondello, el Recanati y el Brancati, a menudo reservados a los mayores. Éste es su segundo libro traducido al español por Siruela. Enhorabuena. Que sigan muchos, estamos en espera. **U**

Andrea Bajani, *Mapa de una ausencia*, traducción de Carlos Gumpert, Siruela, Madrid, 2017.



Andrei Pandele, *Casa del pueblo*, s/f